

ceptuar el clero en general, no hiciesen el mal, y si podía ser hasta hiciesen el bien por temor del infierno y por egoísmo y especulación para obtener con algún sacrificio material del momento la remisión de los pecados y de las espantosas penas eternas. Crodino era probablemente además uno de los primeros germanos que tenían placer en dedicarse á fundaciones agrícolas y que sentían en su interior algo de humanitario y de bondadoso para los demás; era un precursor de una nueva, bien que muy lenta y trabajosa, evolución de su raza.

«En este año hubo otra vez signos y sucesos maravillosos: ocurrió un eclipse de luna; en el país de Tours brotó sangre verdadera del pan al romperlo; las murallas de la ciudad de Soissons se hundieron; en la inmediación de Angers tembló la tierra; los lobos penetraron en el interior de la ciudad de Burdeos, donde destrozaron á varios perros, y no tuvieron temor á los hombres, y á lo largo del cielo viéronse correr grandes resplandores. Un incendio consumió la ciudad de Bazas, sin exceptuar las iglesias ni las casas del clero.» Se salvaron, sin embargo, el mueblaje y los objetos del culto, según nos dice Gregorio en su relación.

»El rey Chilperico nombró gobernadores para las ciudades que había arrebatado á su hermano, como Perigueux y Agen, y dispuso que le fuese remitido el producto de sus tributos y contribuciones. En aquellos días fueron presos por Noniquio, gobernador de Limoges, dos hombres que llevaban una carta escrita en nombre de Carterio (1), obispo de Perigueux, en la cual se decía entre otras cosas que el obispo se quejaba de que había bajado de la gloria al infierno con el cambio de soberano, teniendo en lugar de Gontran á Chilperico. El gobernador envió los hombres y la carta con una fuerte escolta al rey, y éste sin alterarse mandó llamar al obispo para saber de él si era verdad lo que se le imputaba. El obispo llegó, el rey le presentó la carta y los hombres (portadores de ella) y le preguntó si él había enviado la carta, lo cual él negó. Entonces fueron preguntados los hombres quién les había entregado la carta, y nombraron al diácono Frontonio. El obispo, preguntado acerca de este diácono, dijo que era su mayor enemigo, y como ya había levantado contra él otras veces falsos testimonios, era esta carta indudablemente una nueva perversidad suya. Fué conducido al instante el diácono allí, y preguntado por el rey, dijo: «He escrito esta carta por orden del obispo;» y entonces exclamó éste que Frontonio había maquinado ya muchas veces contra él para hacerle expulsar de su obispado. El rey tuvo compasión de él; dejó el asunto en manos de Dios; renunció á perseguir al uno y al otro, y hasta habló al obispo en favor del diácono, y le suplicó que orase mucho por el rey. Dos meses después murió de un derrame de sangre el gobernador Noniquio, que había armado este escándalo, y no habiendo dejado hijos, el rey distribuyó sus bienes entre varias personas.»

Como si fuese por recompensa por este acto de benignidad del rey, que también tenía achaques de bondad y de clemencia, sigue diciendo Gregorio: «Sucedió después que al rey Chilperico, que tantos hijos había perdido, le nació otro (de Fredegunda) llamado Teodorico, lo cual fué motivo para que mandara abrir todas las cárceles y dar libertad á los presos, y condonara todas las penas pecuniarias impuestas (2) y no pagadas todavía. Este niño le causó luego grandes pesares (3).»

»En Marsella hubo nuevas hostilidades contra el obispo

(1) Uno de los firmantes del concilio 2.º de Macon del año 585.

(2) En castigo de varios crímenes, incluso el homicidio, si el criminal era hombre libre.

(3) Murió antes de dos años.

Teodoro, porque llegó allí desde Constantinopla Gundobaldo, que pretendió ser hijo del rey Clotario.»

El caso de este hijo bastardo de Clotario ilustra la política peligrosa y primitiva de los reyes francos, que concedía derechos iguales á todos los hijos varones sin necesidad de mas legitimación que el reconocimiento del padre; la madre podía ser esposa legítima, concubina ú otra cualquiera. En vista de las continuas pendencias y hostilidades entre los reyes francos, bastaba, pues, que uno de ellos ó cualquiera de los jefes poderosos y siempre dispuestos á faltar á su rey amparara y sostuviera los derechos á la sucesión de cualquiera de los pretendientes, que eran hijos reconocidos de uno de los reyes, para que se encendiesen nuevas guerras fratricidas. Es muy probable que uno de estos jefes codiciosos y falaces, Gontran Boso, llamara á Gundobaldo de Constantinopla para colocarle en uno de los tronos y sobreponerse á su sombra á todos los demás. Por otra parte, podría ser también que la corte de Constantinopla, á cuyo servicio había estado Gundobaldo fugitivo mucho tiempo á las órdenes de Narsés, se hubiese querido servir del pretendiente franco para su política, ya para contar cuando subiese al trono con su auxilio armado contra los longobardos en Italia, ya para recuperar hasta la misma Galia, como había arrebatado el Norte de Africa á los vándalos y la Italia á los ostrogodos, y como tenía tenazmente ocupada gran parte de la costa marítima de la península ibérica y acechaba la ocasión para recuperar el resto. Estas son meras suposiciones; pero todo hace creer que Gundobaldo llegó á Marsella con grandes recursos pecuniarios que le había facilitado el emperador Mauricio. Véase lo que refiere Gregorio respecto de este pretendiente y de los sucesos á que su llegada dió lugar:

«Había nacido en la Galia y sido educado con gran solitud; se le instruyó en las ciencias, y se le dejaba llevar, conforme á la costumbre de estos reyes, todo el cabello, que le caía en larga melena sobre la espalda. Su madre (mujer ilegítima y cuyo nombre se ignora), le presentó al rey Childeberto I, hermano de Clotario I, diciéndole: «Ahí tienes á tu sobrino, hijo del rey Clotario; su padre le tiene odio, ampárale tú, porque es de tu sangre.» Childeberto, que no tenía hijos, le admitió y le tuvo en su casa; pero al saberlo Clotario, envió mensajeros á su hermano con el encargo de que enviase al jóven á su corte. Childeberto le envió, en efecto, á su hermano; pero cuando éste le vió, le hizo cortar la cabellera y dijo: «A éste no le he engendrado yo.» (Si Clotario le hubiese reconocido por hijo suyo, habría tenido pleno derecho á la sucesión, pero Clotario se negó á reconocerle.) A la muerte de Clotario fué recogido por Chariberto. Entonces le llamó á su lado el rey Sigeberto, que le volvió á cortar la cabellera y le envió á la ciudad de Agripina, que hoy se llama (y probablemente desde bastante tiempo) Colonia.

»De allí se evadió (lo cual prueba que estaba como prisionero), se dejó crecer otra vez la cabellera y pasó al lado de Narsés, que á la sazón se hallaba á la cabeza de Italia (4). Allí se casó, tuvo hijos y se estableció después en Constantinopla. Pasado mucho tiempo regresó de allí, según se dice á excitación de cierta persona (5), á la Galia y desembarcó en Marsella, donde le acogió el obispo Teodoro, el cual le dió algunos hombres montados por acompañamiento, y así pasó junto á Múmolos, jefe militar de Aviñón.

»Esto fué causa de que Gontran Boso hiciera prender al obispo Teodoro y encerrarle en un calabozo con el pretexto de que había llamado á un extranjero á la Galia para some-

(4) Desde el año 555 no tenía ya Narsés tal mando en jefe en Italia — Giesebrecht.

(5) A quien Gregorio debió conocer.

ter el reino de los francos al emperador. Pero el obispo presentó una carta, según se dijo escrita del puño propio de los grandes del rey Childeberto, y dijo: «Nada he hecho de mi propia autoridad, sino solamente lo que me mandaron nuestros señores y dueños (1).» Entonces fué encerrado el obispo en una pequeña celda, sin permitirle ir á la iglesia; pero orando una noche con fervor se vió iluminada la celda por un grandiosísimo resplandor, y el gobernador, que daba órdenes á los guardas, quedó sobrecogido de espanto. Durante mas de dos horas se vió sobre la cabeza del obispo una bola de un resplandor incomparable. Esto lo contó el jefe á la mañana siguiente á los que se encontraban con él. Mas adelante fué conducido Teodoro á presencia del rey Gontran y con él lo fué también el obispo Epifanio (2), que huyendo de los longobardos se encontraba entonces en Marsella y se le acusaba de complicidad en el asunto. Examinados por el rey, resultaron completamente inocentes; pero á pesar de esto dispuso el rey que continuasen arrestados, y en esta situación murió Epifanio después de mucho padecer. Gundobaldo se había retirado á una isla del mar para observar desde allí los sucesos. El jefe Gontran Boso y el de la fuerza armada nombrado por el rey Gontran se quedaron con los tesoros de Gundobaldo (3). Gontran Boso se llevó, según dicen, una cantidad inmensa de plata y de otros objetos á Clermont-Ferrand.

»En el año octavo del reinado de Childeberto (en 583) bajó del cielo y atravesó el aire por largo trecho una gran bola de fuego, suceso que ocurrió el domingo 31 de enero, cuando se tocaba á maitines y el pueblo se levantaba para ir á la iglesia. El cielo estaba todo nublado y llovía, pero tanta luz despedía (el bólido) que todo se vió como de día hasta que volvió á meterse en las nubes, y entonces reinó otra vez la oscuridad de la noche. Los ríos crecieron mas de lo usual; el Sena y el Marne inundaron las inmediaciones de Paris, tanto que ocurrieron naufragios entre la ciudad y la iglesia de San Lorenzo (4).

»Después de haber conducido Gontran Boso los mencionados tesoros á Clermont (en el año 583) fué á ver al rey Childeberto, pero á su regreso le prendieron con su mujer é hijos por orden del rey Gontran, el cual le dijo: «Tu invitación ha traído á la Galia á Gundobaldo, y con este objeto fuiste hace algunos años á Constantinopla.» El otro contestó: «No; tu general Múmolos le ha dado hospitalidad en Aviñón; déjame en libertad y yo traeré aquí al mismo Múmolos, con lo cual probaré mi inocencia.» A esto contestó el rey: «No te suelto sin que hayas sufrido el condigno castigo por lo que has hecho.» Cuando Gontran Boso vió que estaba perdido, dijo: «Aquí tienes á mi hijo, tómalo en rehén de lo que te prometo; si no te traigo á Múmolos, quiero perder este niño.» Dejóle marchar entonces el rey y se quedó con el niño. Gontran Boso reunió gente de Clermont y de Belay y marchó con ella á Aviñón.

»Múmolos había hecho abrir con astucia un agujero en las embarcaciones ancladas en el Ródano, y cuando la gente de Gontran y éste hubieron entrado en ellas, sin sospechar nada, y se hallaban en medio de la corriente, se llenaron los

(1) Quiere decir los que gobiernan.

(2) Según Coincio, obispo de Frejus; firmó, siendo todavía simple sacerdote y representante del obispo Expectato de Frejus el 5.º concilio de Orleans.

(3) Probablemente los fondos facilitados por el emperador Mauricio, porque existen monedas con el busto de éste, acuñadas en Marsella y Arles, se supone por Gundobaldo en calidad de vasallo ó dependiente de aquel emperador.

(4) Sobre la situación de esta iglesia han hecho estudios notables los sabios franceses Ruinart, Mabillon, Bouquet y otros, hasta Guadet y Taranne.

buques de agua y se fueron á fondo. En aquel peligro se salvaron algunos nadando, otros cogieron tablas y llegaron á la orilla, y muchos, menos diestros, se ahogaron; pero á pesar de todo, llegó Gontran Boso delante de Aviñón. Múmolos había tomado disposiciones desde el principio para asegurar la defensa de esta plaza, y allí donde no bañaba el río sus muros, abrió un canal, en cuyo fondo hizo grandes y profundas cavas, que no se veían cuando todo estaba lleno de agua. Cuando Gontran llegó allí, gritó Múmolos desde lo alto de la muralla: «Si viene con lealtad que se acerque á la orilla y que me diga desde allí lo que quiere.» Así se hizo, y Gontran Boso, dijo hablando á Múmolos desde la otra orilla y mediando entre ambos el brazo del río: «Si me es permitido, pasaré á la otra orilla, porque tenemos que hablar algo en secreto;» Múmolos le dijo: «Ven y no temas.» Entonces se metió Gontran con uno de sus amigos en el agua, pero tan pronto como el amigo llegó donde había una zanja, con el peso de su armadura se fué al fondo y no se le vió mas. Gontran Boso también iba hundiéndose, y la corriente le habría arrastrado si uno de los suyos no le hubiese alargado desde la orilla su lanza, á la cual se agarró y pudo tomar tierra otra vez. Entonces él y Múmolos se cubrieron de invectivas y se separaron; pero Gontran Boso puso cerco á la ciudad con un ejército del rey Gontran. Sabido esto por el rey Childeberto, se encolerizó, porque Gontran Boso procedía sin su permiso, y envió allí á Gundulfo, el cual hizo levantar el sitio y se llevó á Múmolos á Clermont, de donde volvió á los pocos días á Aviñón.

»Antes de Pascua púsose el rey Chilperico en camino para Paris, y para librarse de las maldiciones que cada hermano había llamado sobre sí en el pacto que firmaron de no entrar en Paris ninguno de ellos sin el consentimiento del otro, hizo llevar delante en su entrada las reliquias de muchos santos.»

Estas sencillas palabras de Gregorio de Tours nos pintan mas á lo vivo que los discursos mas largos el estúpido materialismo de aquellos francos, tan completamente desprovistos de todo sentimiento superior; solo atienden á su deseo, que en este caso era la entrada en Paris; no conocen lealtad, fe, derechos ajenos ni pundonor; solo el temor del castigo del poder superior les detiene, pero creen contar con la protección poderosa de los santos cuando á sus restos mortales tributan algunos honores, y si para morir se hacen meter dentro de un hábito de religioso ó de penitente. Y eso que Chilperico pretendía hacer versos y ser teólogo sutil, y el mas instruido de los Merovingios.

«Allí pasó los días de Pascua en grandes festividades, y el obispo Ragnemodo bautizó á su hijo, que recibió el nombre de Teodorico.»

No hay que decir que el nacimiento de este heredero era para Chilperico y Fredegunda un suceso importantísimo y feliz.

«El canciller Marco había adquirido grandes riquezas; pero de repente le acometió un dolor en el costado, y entonces se hizo tonsurar, se puso hábito de penitente y murió; el fisco heredó sus bienes. Encontráronse en su casa grandes cantidades de oro, plata y muchos objetos preciosos, de todo lo cual nada pudo llevarse al otro mundo, excepto el daño que había recibido su alma.»

Gregorio, y todo el clero, eran enemigos constantes de las contribuciones impuestas por el rey. La recaudación era vejatoria, y los recaudadores gente inícuo y pecadora, aunque no fuesen defraudadores del fisco. Estos recaudadores, además de su buena paga é influencia, recibían premios si aumentaban los rendimientos de la recaudación.

«Después de esto, recibió el rey Chilperico embajadores



dificultad.» Envió á la reina carta para consultarle el caso, y recibí otra con la contestacion: «Instada por todos lados, decia, no pude menos de dejarle marchar libremente; pero ahora te pido que no hagas paces con él y no le des con tu mano la comunión (las eulogias) hasta que hayamos (nos la reina) meditado maduramente lo que conviene hacer.» Cuando esto leí y releí temí que le mataran; por esto hice llamar á su suegro, le comuniqué lo que habia y le conjuré que aconsejara á Leodasto que estuviese sobre aviso y no pasara adelante en sus pretensiones hasta que se hubiese aplacado el rencor de la reina; pero Leodasto, guardándome todavía enemistad, no tuvo confianza en aquel consejo que yo le daba por amor de Dios y con toda sencillez, y no quiso hacer lo que le aconsejé. Hubo de cumplirse lo que yo un día oí decir á un anciano: «Aconseja bien siempre á enemigos y amigos, porque el amigo atiende el consejo y lo sigue, y el enemigo lo desprecia.» Así despreció mi consejo Leodasto, el cual se presentó al rey, que á la sazón estaba con su ejército en la comarca de Melun. Allí suplicó al pueblo armado que intercediera por él cerca del rey para que le recibiera; la hueste en masa lo hizo así y el rey le admitió á su presencia; Leodasto se arrojó á sus piés y solicitó su perdón. El rey le dijo: «Ten un poco de paciencia hasta que yo haya visto á la reina y convenido con ella la manera de que vuelvas á su gracia, porque te has hecho culpable bajo muchos conceptos.» Mas como Leodasto siempre habia sido irreflexivo y ligero, solo veía que el rey se habia dignado volver á admitirle á su presencia, y cuando el rey hubo regresado á París, se arrojó un domingo en la santa iglesia á los piés de la reina y pidió su perdón. Entonces ella rechinó los dientes maldiciendo su presencia, y llorando á mares le empujó lejos de sí, y dijo: «Ya que no me ha quedado ninguno de mis hijos para descubrir á los culpables de la acusacion falsa levantada contra mí, te encargo á tí, ¡oh Jesús! que los descubras;» y arrojándose á los piés del rey, añadió: «¡Infeliz de mí, que veo á mi enemigo y nada puedo contra él!» Leodasto fué expulsado del recinto sagrado (pues que estaba excomulgado) y se celebró la misa. Cuando el rey y la reina salieron de la santa iglesia siguióles Leodasto por la calle sin sospechar lo que iba á pasarle. Recorrió (todo contento ya) las casas de los mercaderes, eligiendo joyas, pesando plata (para pagar) y diciendo: «Compraré esto y aquello, porque todavía me queda mucho oro y plata.» Pero en esto llegaron criados de la reina para prenderle y cargarle de cadenas; Leodasto sacó la espada é hirió á uno de ellos, y entonces los otros enfurecidos desenvainaron las suyas y parando sus golpes con sus escudos se precipitaron sobre él, y uno de un golpe le dejó la cabeza rapada. Leodasto huyó, pero al atravesar un puente en la ciudad, resbaló, metiendo el pié entre dos vigas del puente, y se rompió la pierna. Fué, pues, capturado y conducido al calabozo con las manos atadas á la espalda. El rey mandó que los médicos le conservasen la vida, á fin de que, curado ya, pudiese ser muerto á tortura lenta. Fué llevado á una quinta perteneciente al fisco; allí sus heridas se empeoraron, y aproximándose su fin le tendieron de espaldas en el suelo con una gruesísima viga debajo de la nuca, y en esta posición recibió garrotazos en el cuello. Este fué el justo fin del que habia sido en vida siempre desleal.» Hasta aquí el piadoso obispo. Veamos ahora las consecuencias que podemos sacar de esta relacion tocante á la justicia, la moral y la civilizacion de aquella época.

El obispo Gregorio no oculta que la que decidió de la suerte de este hombre brutal, aventurero y ligero hasta la estupidez, fué la malvada, vengativa y feroz reina Fredegunda, que se imponía al rey y al obispo. Leodasto, no sabemos por qué medios, seguramente á fuerza de regalos, porque dis-

ponia todavía de muchas riquezas, habia conseguido del rey la tolerancia y de los obispos la readmision en el gremio de la Iglesia; pero todo esto se estrelló contra el odio feroz de la reina, y el mismo Gregorio da á entender que no se atrevió á levantar la excomunion á Leodasto por temor á la reina. Es decir, que la voluntad de Fredegunda era una ley superior á la eclesiástica y á la voluntad del rey. El mismo obispo que en otra ocasion habia sabido mantener incólume, con verdadero heroismo, lo mandado por los cánones en frente de aquella horrible furia, inquiere ahora su opinion antes de hacer ó dejar de hacer lo que es de la pura incumbencia de la Iglesia y de su ministerio episcopal. Sabe que la reina odia de muerte á Leodasto, y que si no habia saciado antes en él su venganza habia sido por circunstancias é influencias superiores, porque es evidente que Leodasto tuvo un gran partido entre los obispos, los grandes y, sobre todo, entre la gente de armas de la clase baja, como lo prueba la intercesion á su favor del ejército reunido cerca del rey. El obispo, siempre bondadoso, olvida los infinitos males que el protervo Leodasto le ha causado á él y ha causado á sus diocesanos, y le da por medio de su suegro un aviso amistoso de mantenerse en actitud prudente. No hay duda que la reina era la parte agraviada, y, segun la costumbre de los pueblos primitivos, y en especial de los germánicos, el calumniado ó el que habia recibido la ofensa, siendo individuo nacido libre y no esclavo podia, en caso de resultar falsa la acusacion, reclamar, segun la importancia de los casos, una indemnizacion, hasta la entrega del mismo acusador para hacer de él lo que quisiera. Por tanto, el obispo, al admitir en su iglesia á Leodasto, habia arrebatado á la furia real, en cierta manera alevosamente, su presa legítima segun el uso franco. Verdad es que el marido tenia, por otra parte, el derecho de permitir ó prohibir que su mujer llevara adelante su demanda; pero el rey no se atrevió á oponerse por temor á su misma consorte, y codicioso y falaz como era, podia ver en esto tambien una ocasion de apoderarse mas fácilmente de las riquezas que se sabia tenia todavía la víctima, meciéndole primero en una seguridad engañosa, todo lo cual entraba perfectamente en el carácter del rey como en el de todos los francos en general. Características son tambien las exclamaciones de dolor materno que causa á Fredegunda la vista de su enemigo sin poder saciar en él su furor, exclamaciones que Gregorio pone en boca de la fiera real. Una prueba mas, si fuera necesaria, de la ferocidad del rey, no obstante su mayor cultura y trato con obispos y otras personas cultas de su tiempo, es la perversidad india y satánica de ordenar á los médicos que no dejaran morir á Leodasto de sus heridas, para no perder el placer de hacerle morir lentamente en medio de prolongados y refinados tormentos.

La obra del obispo de Tours, como espejo fiel de su época, mucho mas que por sus datos históricos, tiene un valor inapreciable, y hasta sus comentarios ingenuos nos sirven admirablemente para juzgar del estado de la religion, de la Iglesia y de sus ministros en aquellos tiempos.

Hubo entonces otro nuevo cambio en la agrupacion de los tres reyes, con una nueva alianza de Childeberto y Gontran. No se conocen los motivos que originaron este cambio y que, despues de todo, poco importan, atendida la historia política de la época; por lo cual nos ceñiremos á la simple narracion de los hechos.

«En el noveno año del rey Childeberto (en 584), el rey Gontran restituyó de su libre impulso á su sobrino su parte de Marsella. Por entonces se vieron hácia la media noche en el cielo, por el lado del Norte, muchas y grandes fajas resplandecientes que se aproximaban y alejaban entre sí hasta

que desaparecían, y el cielo estaba tan claro por aquel lado que parecia una nueva aurora.»

En aquel tiempo se enviaron mutuamente varias embajadas los reyes francos y Leovigildo, el rey visigodo, durante la rebelion del hijo de este último, Hermenegildo. Los motivos y resultados de estas embajadas han sido expuestos ya en la primera parte de esta obra. En el año 584 regresó de España una embajada de Chilperico, seguida de otra de Leovigildo, con la mision de pedir á Chilperico la realizacion del casamiento aplazado anteriormente de su hija Rigunta con Recaredo, hijo de Leovigildo. Quedó la boda convenida y el embajador (con su séquito) emprendió su viaje de regreso. El rey Chilperico, entretanto, se trasladó de París al país de Soissons, donde sufrió una nueva desgracia, porque su hijo (Teodorico), que el año antes habia sido bautizado, cayó enfermo de disentería y murió. Con grandes lamentos regresaron los reyes á París, donde dieron sepultura al niño y enviaron mensajeros detrás del embajador de España para hacerle retroceder á París y decirle que era forzoso aplazar la realizacion del convenio del casamiento, «porque, — dijo el rey, — en mi casa hay luto; ¿cómo celebrar la boda de mi hija?»

«Al mismo tiempo quiso enviar entonces á España á otra hija suya y de Audovera, á quien tenia en un convento de Poitiers. Esta jóven, sin embargo, se opuso, diciendo que Santa Radegunda no lo queria y que «no era lícito que una doncella, consagrada á Cristo, volviera á los goces mundanos.»

Estas expresiones, si ella las dijo, serian una excusa, porque la conducta posterior de esta mujer en aquel convento demostró sus muy mundanos instintos.

«Entretanto, llegó á noticia de la reina que su hijo habia muerto por efecto de maleficios y hechicerías y que el prefecto Múmol (1), á quien ella odiaba desde mucho tiempo antes, estaba iniciado en este asunto. Ocurrió entonces que Múmol, en una comida que dió en su casa á varios cortesanos, dijo á uno de ellos, que se lamentaba de la muerte de un niño á quien queria mucho y que le habia arrebatado la disentería: «Tengo una yerba que cura á los enfermos de la disentería, aunque estén ya desahuciados, si beben la decoccion.» Cuando esto supo la reina se encendió su ira mas que nunca; hizo prender á varias mujeres de la ciudad de París y someterlas á la tortura hasta que declarasen cuanto sabian. Confesaron que eran brujas y que habian causado la muerte de muchas personas con sus maleficios, y añadieron (lo cual, en opinion nuestra, dice Gregorio, no merece crédito): «A tu hijo, oh reina, hechizamos por la vida de Múmol.» Entonces la reina las sometió á nuevos tormentos; despues mandó estrangular á unas, quemar vivas, enrodrar y quebrar los huesos á otras; y en seguida marchó con el rey á la hacienda de Compiègne, donde le enteró de todo lo que habia oido respecto del prefecto. El rey entonces mandó criados para que lo llevaran á su presencia, y despues de tomarle declaracion, hízole poner cadenas, someter á la tortura y colgar por los brazos de un poste con las manos atadas á la espalda, en cuya posicion fué preguntado qué maleficios habia hecho. Nada confesó relativo al caso de que se trataba, pero dijo que varias veces habia recibido de aquellas mujeres bebidas y untos destinados á conservar el favor del rey y de la reina. Cuando hubo sido bajado del poste, llamó al sayon (lictor) y le dijo: «Dí á mi amo que no me ha causado dolor cuanto me han hecho.» El rey, al saber esto, dijo: «¿Se dirá ahora que no es hechicero, cuando estos tormentos no le han causado dolor?» Entonces fué estirado sobre el banco de garru-

cha y azotado con triple correa hasta que los criados del verdugo se cansaron; en seguida le hundieron astillas entre las uñas y la carne en las manos y piés, y solo cuando la espada estaba á punto de cortarle la cabeza, la reina le hizo gracia de la vida. Mas le hubiera valido ser rematado entonces, porque lo que sufrió despues fué peor que la muerte; fué colocado en un carro y enviado á Burdeos, su ciudad natal; todo cuanto poseía le fué quitado, y así (despojado de todo) tuvo en el camino un ataque apoplético tal, que á duras penas pudo llegar á su destino, donde luego expiró.

«La reina tomó el tesoro de su hijo pequeño difunto, quemó todos los vestidos y otros objetos preciosos que pudo encontrar, tanto de seda como de otros materiales, para lo cual necesitó cuatro carros. El oro y la plata hizo fundir en el horno y lo guardó, á fin de que nada conservase una forma que le hiciese recordar la dolorosa pérdida de su hijo.»

La causa principal de la furia de esta fiera humana, que tantas víctimas necesitaba para recrearse en sus tormentos, era, además de sus instintos bestiales, la pérdida de toda esperanza de seguir gobernando, despues de la muerte del rey, por medio de sus hijos. Para tener á su disposicion víctimas bastaba que ella fuese la parte lastimada y que probase de cualquier modo la culpabilidad de cuantas víctimas necesitaba para saciar sus instintos feroces, y así le fueron entregadas. El rey no se atrevia á contrariarla. Sorprendente es la resistencia varonil, así como la imprudencia estúpida de Múmol. Para martirizarle hasta el fin le deja la reina la vida para hacer en un carro, Dios sabe cómo, un viaje larguísimo, sin recursos y en aquellos tiempos. Digna de observar es tambien la codicia de esta fiera, que para su hijo, de menos de dos años, habia ya acumulado un tesoro de objetos de gran valor cuyo transporte requiere cuatro carros.

«El obispo Eterio de Lisieux, del cual ya hemos hablado antes (2), fué expulsado de su diócesis y luego repuesto de la manera siguiente. Habia en aquella ciudad un clérigo de Le Mans, hombre disoluto si los hay, entregado en demasía á las mujeres, á la bebida, á la lascivia y á todas las impurezas. Este tenia relaciones licenciosas frecuentes con la mujer de otro, y hasta se le llevó á otra ciudad despues de haberla vestido de hombre y haberle cortado los cabellos para evitar toda sospecha de indecencia. Esta mujer era de buena familia y habia nacido libre. Al cabo de muchos días, supieron sus parientes lo que habia y fueron tras ella, para vengar la deshonra de la familia. Encontraron al clérigo, le ataron y pusieron á buen recaudo, y quemaron á la mujer; pero como la maldita sed de oro domina á los hombres, trataron de poner al clérigo en libertad si alguien le rescataba, y en caso contrario matarle. Sabido esto por el obispo Eterio, tuvo la misericordia de pagar por él veinte áureos, y le libró así de la muerte. Salvado que fué se hizo profesor, y dijo al obispo que si le procuraba discípulos, les enseñaría las ciencias. El obispo, muy contento, reunió los muchachos de la ciudad y se los entregó para que les enseñara; mas al cabo de tiempo, cuando ya habia cobrado fama en la poblacion, y el obispo le habia cedido un pedazo de tierra con viñas, y los padres de los niños le invitaban á sus casas, recayó en sus vicios, y olvidando su antiguo delito solicitó á la madre de uno de los niños. Esta mujer casta lo comunicó á su marido; se juntaron los parientes y castigaron duramente al clérigo y aun querian matarle. Entonces le salvó la misericordia del obispo, que despues de librarle del peligro le repudió suavemente y le restableció en su empleo; pero su genio perverso no pudo ser encaminado al bien; muy al contrario, se hizo enemigo de

(1) *Præfectus palatii*, mayordomo de palacio. — *Valesio* (Valois), segun Ruinart.

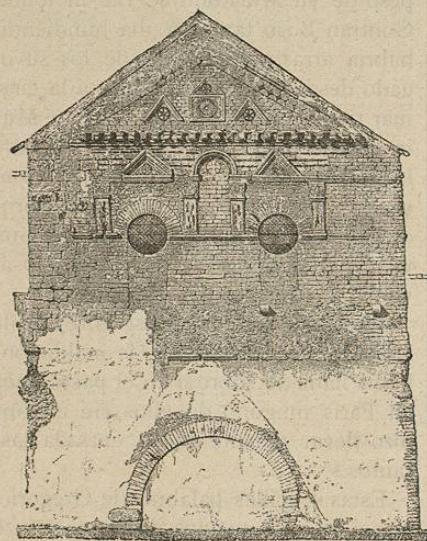
(2) Es un error de Gregorio, pues en ninguna parte ha hecho mencion de él sino aquí.



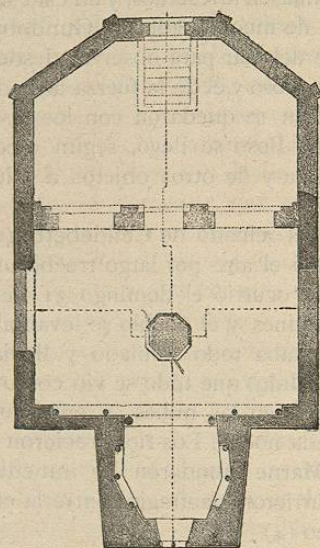
de su sobrino Chilperberto, siendo el principal el obispo Egidio, de Reims. Admitidos á presencia del rey, y obtenido permiso para hablar, dijeron: «Nuestro amo, tu sobrino, te suplica que mantengas en vigor el pacto de paz que has celebrado con él; pero él no puede mantener la paz con tu hermano, porque tu hermano, despues de la muerte de su padre, se ha apoderado de la parte de Marsella que correspondia á nuestro señor y además ha dado asilo á fugitivos de sus dominios y no quiere entregarlos. Tu sobrino desea mantener incólume la paz que ha celebrado contigo.»

El motivo de esta embajada fué el deseo de los caudillos de la Austrasia, que gobernaban el país á nombre de Chilperberto, de hacer la guerra á Gontran, para lo cual les convenia saber la política que seguiria Chilperico, que habia firmado la paz con él.

«Chilperico contestó: «En muchos puntos tiene culpa mi hermano, y si mi sobrino Chilperberto examina las cosas á fon-



Capilla bautismal de San Juan en Poitiers. — Vista exterior y planta



do y en su conjunto, descubrirá luego que su padre fué asesinado por instigacion de Gontran.»

Esta asercion era una mentira infame, muy propia del rey Chilperico y de su mujer Fredegunda, pues que Chilperico debia saber forzosamente que su esposa habia organizado el asesinato, segun hemos visto en la relacion del mismo Gregorio, el cual, por otra parte, elogia el carácter bondadoso de Gontran.

«A esto contestó el obispo Egidio: «Si te unes á tu sobrino, y juntos llamais á las armas vuestras fuerzas, caerá muy pronto sobre Gontran la venganza merecida.» Habiéndolo pactado así, ratificaron el pacto con juramentos y rehenes, y los embajadores se retiraron.

»Chilperico, fiado en estas promesas, llamó la gente de su reino á las armas y se trasladó á Paris (1), donde permaneció causando grandísimos perjuicios á los habitantes en sus haciendas. Su caudillo Berulfo marchó con la gente armada

porque confiaba en la justicia de Dios; y una noche hizo avanzar sus tropas y mató la mayor parte de la hueste de su hermano. A la mañana siguiente pactaron la paz por medio de embajadores, prometiendo cada uno de los dos reyes que el que hubiese faltado á la justicia, segun el juicio de los obispos y notables de sus pueblos, pagaria al otro la indemnizacion, y despues se separaron. El rey Chilperico no pudo hacer observar la paz á los suyos, los cuales continuaron saqueando, tanto que irritado mató con su propia mano á uno de los caudillos, el gobernador de Ruan (*Rotomagensem comitem*).»

En lo que precede vemos otra prueba de la completa ausencia de disciplina entre los francos, cuyas huestes eran tan solo somatenes de los hombres libres de una ó mas comarcas. Hasta un rey tan temido como el esposo de Fredegunda, que contra el individuo suelto se permitia todo en tiempo de paz, confiscacion, prision, asesinato ó ejecucion capital, nada podia contra el pueblo en armas, ni contra sus jefes, ni contra los funcionarios mas elevados. Mata en un arrebato de ira á un saqueador feroz, jefe díscolo; pero nada absolutamente se trasluce en la relacion de Gregorio de una disciplina, ni menos de castigo formal, aplicado á las huestes y bandas, que viéndose armadas y en número algo imponente se entregan á sus instintos feroces sin mirar si se hallan en país enemigo ó amigo, ni si su rey ha hecho la paz con su contrario.

«Chilperico abandonó todo el botín que habia hecho, puso

(1) De donde hemos de suponer que habia salido.

(2) Que serian los territorios de Limoges, Perigueux y Agen, que Chilperico habia arrebatado á Gontran y cuyo gobierno habia confiado á los citados caudillos.

(3) Hoy Chateau-Meillan, á 13 leguas de Bourges.

en libertad á los prisioneros y regresó á Paris; pero los que estaban sitiando á Bourges, al recibir la orden de volverse á su país, se llevaron tanta gente (en calidad de prisioneros) que todo aquel territorio quedó despues desierto, no solamente de personas sino tambien de ganados. En el mismo territorio de Tours (á su regreso) las huestes de Desiderio y Bladasto incendiaron, saquearon y degollaron, como si estuvieran en lucha con enemigos, y hasta se llevaron prisioneros, que soltaron despues en gran parte, no sin haberles ro-

bado antes cuanto tenian. A esta calamidad siguió una peste en los ganados, la cual causó tantos estragos que un animal de tiro ó una vaca jóven eran cosas extraordinarias.

»Entretanto, el rey Chilperberto habia continuado con su ejército sin moverse del mismo puesto (1); pero cuando ordenó que se pusiese en marcha, la masa de la gente inferior (2) empezó á murmurar contra el obispo Egidio y los caudillos prorrumpieron, por último, en gritos de: «¡Fuera de la presencia del rey aquellos que venden su reino, que



Vista interior de la capilla bautismal de San Juan en Poitiers

someten á otro sus ciudades y entregan su pueblo (las personas libres) al dominio de otro rey!» Gritando esto y otras cosas tomaron sus armas y cuando fué de dia corrieron á la tienda del rey para apoderarse del obispo y demás grandes, maltratarlos y despedazarlos. El obispo, al saberlo, echó á huir, montó á caballo y se dirigió á escape á su ciudad episcopal, Reims; pero el pueblo (de la hueste armada) le persiguió con gritos, invectivas y pedradas. Los caballos de sus acompañantes se cansaron, pero, á pesar de todo, siguió huyendo el obispo, solo y tan aterrizado que perdió una bota (*caliga*) y no se detuvo siquiera el tiempo necesario para recogerla. Así llegó á Reims y se encerró dentro de la ciudad.»

Aquí vemos una sublevacion de la clase mas inferior de la gente armada y guerrera, no contra su rey, ni por descontento del servicio de armas, ni por ruina, ni pérdidas materiales, ni otras causas, sino únicamente contra el obispo que habia

arreglado la alianza entre Chilperberto, es decir, entre los caudillos de su reino, y Chilperico, contra Gontran y contra los demás grandes.

«Pocos meses antes habia regresado Leodasto al territorio de Tours con una orden del rey Chilperico mandando que le restituyesen su esposa y permitiéndole la permanencia en Tours. Llevó tambien una carta firmada por obispos, que le admitian otra vez en la comunidad de la Iglesia. No obstante, como yo no ví carta alguna de la reina, por cuya causa habia sido excluido de la comunión cristiana, me resistí á admitirle en ella y le dije: «Si recibo orden de la reina te admitiré sin

(1) No léjos de sus dos tios, dice Ruinart, ya para acudir al auxilio de su tío Chilperico, segun estaba obligado por el pacto, ó para proceder segun las circunstancias.

(2) Los hombres libres de pocos recursos que acudian con sus armas á pié y que constituían el pueblo entre los germanos propiamente.